



Capítulo 441: La Selva Negra en el fin del mundo

Katharina se sentó recta en su silla, con la mirada distante mientras trazaba su dedo a través del mapa mágico. Su voz, según explicó, era firme, pero tenía un tono de convicción casi maternal.

"Necesitamos un territorio, por supuesto. Lejos de los dominios de Agares, Sitri y Baal. Tienen sus propios reinos, sus propias reglas. Necesitamos nuestro propio espacio, un lugar donde podamos crecer y actuar sin interferencias", hizo una pausa, mirando a Virgilio. "Es una cuestión de supervivencia y poder."

Virgilio inclinó la cabeza, con los ojos medio cerrados por la duda.

"¿Es eso realmente necesario? Quiero decir, estos territorios pertenecen a tu madre, siempre haces lo que quieres," preguntó, su tono interrogativo rompió el silencio.

Ada dejó escapar una sonrisa irónica y su cáliz se levantó en un gesto de provocación.

"Quieres hacerte más fuerte, ¿no? Tener un territorio te hará más conocido y te dará más poder," bromeó, mirándolo fijamente.

Vergil sonrió con confianza, pero con un toque de desafío.

"Por supuesto que sí. Todavía tengo la intención de derrotar a Sapphire en una batalla real", su voz transmitía determinación, como si ya pudiera visualizar la pelea.





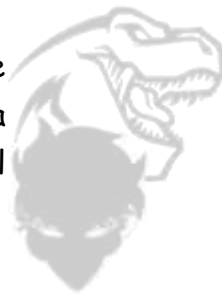
Ada dio un paso adelante, sus ojos brillaban con una idea oscura.

"Entonces, ¿por qué no intentas desafiar la Selva Negra en el Fin del Mundo?" Ella sugirió que su tono era provocativo. "Es un lugar al que pocos se atreven a pisar y aún no tiene dueño."

Virgilio frunció el ceño, intrigado. "¿La Selva Negra en el fin del mundo? ¿Qué es eso?"

Katharina se unió a Ada para explicar, con la voz más baja, casi un susurro conspirativo.

"Es el bosque donde vive Selane. Has estado allí varias veces. El lugar donde has estado está controlado, pero fuera de las puertas de Selenia se encuentra un territorio de fuerzas oscuras y secretos antiguos. Es el bosque más brutal del infierno."



Roxanne levantó elegantemente una silla y se sentó, cruzando las piernas con el aire de alguien a punto de iniciar negociaciones serias. Sus ojos violetas brillaban ligeramente mientras miraba el mapa que flotaba frente a ellos — un holograma mágico del vasto y misterioso bosque de Myr'varenn, ubicado más allá de las montañas Udrath.

"Es un lugar lleno de obstáculos, criaturas peligrosas, nieblas vivientes, árboles que devoran magia y más leyendas de las que los libros pueden registrar..." comenzó, apoyando la barbilla en la mano, pensativa. "Pero considerando todo eso... podría ser ventajoso. Si podemos domesticar o comprender todas las especies que viven allí, podría convertirse en un activo valioso."



Ada se rió suavemente, el sonido casi musical. Ella giró lentamente la copa de vino entre sus dedos.

"Domar un bosque antiguo... Me encanta tu ambición, Roxy", dijo, antes de señalar una pequeña área resaltada en el mapa, donde las marcas mágicas brillaban plateadas. "Pero pongamos las cosas en perspectiva. Selene, esa vieja y poderosa bruja a la que finges no temer, solo ocupa... esto."

Dibujó un pequeño círculo mágico flotante en el mapa.

"Cinco por ciento del bosque. El otro noventa y cinco por ciento está completamente inexplorado. Eso... es maravilloso."

Virgilio la observó en silencio, con los brazos cruzados y expresión neutral. Absorbió cada detalle con esa mirada que siempre parecía ver más de lo que el resto del mundo podía ver.



Katharina también se acercó al mapa, sus ojos dorados examinaron cada línea con meticulosa atención.

"El bosque tiene siglos de registros y, sin embargo, nadie conoce ni la mitad de las especies que viven allí", murmuró. "Puedo sentir la energía espiritual aquí. Raro. Antiguo. Muchos de ellos deben estar al borde de la extinción o... ser completamente únicos."

Ella se enderezó y se enfrentó a los otros tres.

"Vale la pena. Quizás no sólo por el control de la región, sino por todo lo que pueda surgir de allí. Ingredientes, pactos, magia olvidada. Reliquias."



"O monstruos enterrados", añadió Ada con una sonrisa.

"A veces son lo mismo", respondió Katharina.

Virgilio finalmente habló. Su voz atravesó el silencio como una espada fría y tranquila.

"Antes de seguir adelante, voy a hablar con Selene."

Los tres volvieron sus ojos hacia él, sorprendidos por la calma de su declaración.

"Si ella vive allí, entonces entiende mejor que nadie lo que es útil... y lo que es letal. Sin saber si cooperará, cualquier plan que tengamos es sólo especulación", concluyó.



Roxanne resopló suavemente, pero no estuvo en desacuerdo.

"Le gustas," dijo, como si intentara convencerse de ello. "O al menos... ella te tolera. Eso es más de lo que ella hace con cualquier otra persona."

Ada tomó otro sorbo y murmuró: "Es decir, si no solo finge que le gustas para tener una excusa para estudiarte como a un animal exótico..."

Virgilio sonrió levemente. "Cada uno tiene sus razones. ¿Vienes conmigo?"

Lo miraron y asintieron...

...



La luz dentro de la casa de Selene era suave, casi etérea, bailando con las llamas verdes de velas encantadas que nunca se derretían. Frascos, hierbas secas y espejos negros colgaban de las viejas paredes de madera, y el aire transmitía el aroma del polvo arcano y del musgo antiguo.

Vergil estaba de pie en el centro del salón circular, con los brazos cruzados, mientras las tres mujeres se extendían a su alrededor —Ada apoyada en una columna, Katharina de pie con las manos en las caderas y Roxanne mirando en silencio con una ligera sonrisa en los labios.

Selene se paró frente a él. Sus ojos verdes analizaban el rostro de Virgilio con algo entre incredulidad y fascinación contenida. Su vestido fluía como humo vivo y su presencia parecía atraer las sombras a su alrededor.

Ella frunció el ceño.

"¿Te estás volviendo loco?" preguntó, como si notara que un viejo problema estaba resurgiendo.

Vergil levantó una ceja y señaló con el pulgar por encima del hombro hacia Ada.

"Ella fue quien dijo que era posible."

Ada ni siquiera se movió, simplemente levantó la barbilla desafiante.

Selene dirigió lentamente su mirada hacia Ada, examinándola de la cabeza a los pies con un aire clínico y aburrido. Por un momento, el silencio se instaló como un denso hechizo en la habitación.





"Ella es inteligente," dijo Selene, su voz era tan fría como aguda. "No puedo creer que ella haya dicho eso." Sus ojos plateados se entrecerraron. "Era Katharina, ¿no?"

Katharina no dudó. Dio un paso adelante y la miró fijamente, con su cabello dorado brillando a la luz de las velas mágicas.

"¿Estás intentando que te maten?" Ella replicó, sin perder el ritmo.

Selene sonrió levemente. No fue amistoso. Tampoco fue ofensivo. Fue simplemente... curioso.

Luego se volvió lentamente hacia Ada, ahora más interesada.

"No es imposible", dijo Ada, con la tranquilidad de alguien que lidia con fórmulas venenosas todos los días. "¿Difícil? Seguro. ¿Consume mucho tiempo? Muy. ¿Pero imposible? No."



Selene guardó silencio. La habitación parecía contener la respiración.

Se acercó a Ada y se detuvo a menos de una pulgada de su cara, con los ojos cerrados. El brillo en sus ojos parecía perforar la mente del demonio, buscando engaños, defectos o ingenuidad. Y ella no encontró ninguno.

Sin apartar la mirada, habló con Virgilio.

"No detendré tu locura", dijo finalmente. "Pero... creo que es imposible que eso suceda en menos de mil años."



Virgilio soltó una breve risa, incrédulo pero sin burlarse.

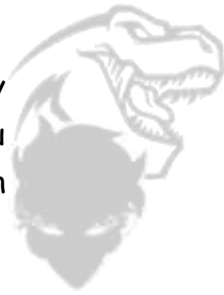
"Menos mal que no tengo prisa."

Roxanne se acercó y el sonido de sus suaves tacones resonó entre las alfombras mágicas. "Si planeas tomar este bosque, necesitas más que coraje. Necesitas un pacto con ello."

"¿Con el bosque?" -preguntó Virgilio.

"Con lo que vive en él," respondió ella. "El bosque tiene voluntad propia. Casi un alma. No puedes dominar algo así con fuerza bruta."

Selene se dio la vuelta y caminó hacia una mesa cubierta de pergaminos y huesos encantados. Cogió una piedra negra, con venas rojas pulsando en su interior, y se la arrojó a Virgilio. Lo agarró con una mano y lo miró con curiosidad.



"Coloca esto en el centro del bosque. Si acepta lo sabrás. Si rechaza... bueno..." Ella sonrió. "El bosque cuidará de ti."

Ada se rió, breve y seca. "Como... digerir."

Katharina suspiró. "Ha sobrevivido a cosas peores."

Virgilio giró la piedra en su mano, observando las venas que latían como un aliento vivo. Algo dentro susurraba. Llamó. Se probó.

"¿Vendrás conmigo?" Le preguntó a Selene, sin ninguna esperanza real en la pregunta.



Ella levantó una ceja.

"¿Crees que salgo de mi círculo de protección por alguna idea tonta?"

"Tal vez," respondió con una sonrisa provocativa.

"Entonces me conoces muy mal."

Virgilio puso la piedra en su abrigo y se volvió hacia los demás.

"¿Alguno de ustedes quiere venir? Podría ser interesante."

Katharina negó con la cabeza. "No hasta que sepas si el bosque te arrancará la piel."



Ada levantó su copa. "Trae de vuelta una rama. Preferiblemente uno que no esté maldito."

Roxanne se acercó a él y colocó su mano sobre su pecho. "Vuelve sano y salvo. De lo contrario, el bosque descubrirá lo que es ser realmente cazado."

Sonrió y tocó suavemente la mano de Roxanne antes de girar hacia la salida de la casa de Selene. La luz de la luna se filtró a través de las cortinas oscuras y bailó sobre el suelo de piedra, pintando delicadas sombras en la habitación—, pero Vergil no pasó por la puerta. Él se detuvo.



Su mirada recorrió lentamente el techo, las columnas cubiertas de runas y luego la oscuridad susurrante del salón. Su tono, aunque tranquilo, atravesaba el aire como una hoja afilada:

"Tu amo está aquí, ¿por qué te escondes... pequeña serpiente?"

Por unos momentos, sólo el crujido de las velas respondió.

Pero entonces... el sonido seco de las escamas sobre la piedra resonó desde un rincón de la habitación. Desde las sombras que se extendían detrás de un espejo oscuro, algo se movió.

Una serpiente blanca, delgada como la niebla de la mañana y con ojos verde esmeralda tan intensos como el veneno viviente, se deslizó lentamente hacia adelante. Su presencia parecía silenciar los sonidos circundantes, como si el aire contuviera la respiración para no perturbar su paso.



Subió las botas de Virgilio, abriéndose paso elegantemente por su pierna y luego por su pecho, hasta que descansó, perezosamente enrollado sobre su hombro. Su lengua bifurcada sobresalía de vez en cuando, saboreando el entorno — o quizás su estado de ánimo.

Virgilio giró la cara y se encontró con los ojos de la criatura casi a su altura.

"Estás muy callado hoy, Zuri", murmuró, con la voz cargada de familiaridad y una ligera reprimenda. "¿Ni siquiera me vas a dar una advertencia con maldiciones? ¿Uno de esos susurros sobre la muerte?"

"Silencio... Estoy meditando de esta forma." Zuri habló en la mente de Vergil.

"Oh..."